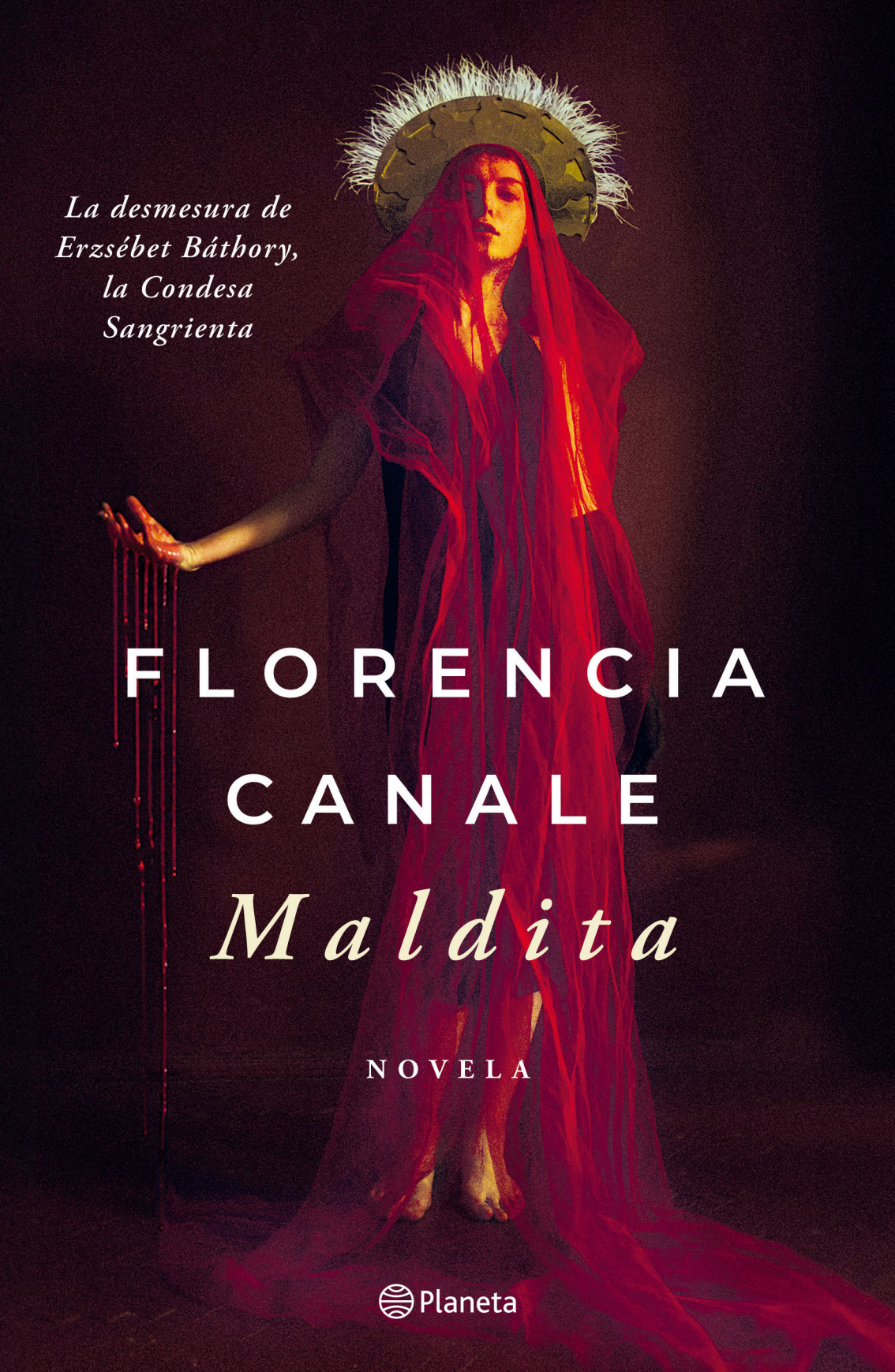




*La desmesura de
Erzsébet Báthory,
la Condesa
Sangrienta*

FLORENCIA
CANALE
Maldita

NOVELA

FLORENCIA
CANALE

Maldita

*La desmesura de Erzsébet Báthory,
la Condesa Sangrienta*

 Planeta

PRIMERA PARTE

*El peso de
la sangre*

CAPÍTULO

I

Las costumbres, los colores, las preferencias, las texturas y toda presencia humana que se precie se trasladan y contagian a través de los siglos. La herencia viaja de generación en generación. Sin embargo, ¿esto es así? ¿Resulta temeraria esta afirmación? Ah, destino que abruma, y entonces, ¿el mal espesa los lazos de sangre? ¿Se reproduce? ¿Es inevitable?

Habría que sentarse y dejarse llevar por los vaivenes inescrupulosos de la vida, aflojar el entumecimiento y entregarse a los apremios de lo que viene dado. Algunos pueblos pelearon sus hados contra enemigos olímpicos, aunque las batallas estuvieran perdidas antes de empezar. Poco les importó sucumbir ante un sinfín de derrotas. El secreto estuvo siempre en la continuidad de la lucha, en el jadeo que los mantuvo vivos, y por los siglos de los siglos. Pero otros se entregaron en cuerpo y alma al sino funesto que dominó su camino. Con la cabeza gacha o la frente en alto, los clanes del centro del continente europeo aceptaron nadar, sin oponer resistencia y con suma destreza, las aguas más turbulentas.

Los magiares¹ cargaron, desde los confines de los tiempos, con una sucesión de aspectos que estuvieron teñidos por una paleta oscura de toda oscuridad. Señalados como caníbales, devoradores de niños o

¹ Grupo étnico de Europa del Este, correspondiente a los actuales pobladores de Hungría.

hunos sedientos de sangre, ¿quiénes eran, en realidad, estos bárbaros asiáticos que derramaron zozobra a través de Europa Central y que fueron capaces, además, de defender sin miedo al cristianismo del azote otomano?

Solitario y melancólico, este pueblo encontró reparo —o lo construyó a fuerza de hierro punzante— del otro lado de los Cárpatos y más allá. Durante poco más de medio siglo, entre los años 898 y 955, los magiares fueron considerados la escoria de Europa. Arrasaron con todo lo que se les puso en el camino, ardiendo, saqueando y matando. La turba asiática invadió, no solo la tierra germana, sino el norte de Italia y amplios tramos de Francia. Incansables, cruzaron desde la costa báltica hasta la atlántica.

“Pues que son la raza satánica quien, cada vez que pasa, deja su estela de sangre”, así se los pintaba, así se les temía. Europa parecía haberse puesto de acuerdo y, sin vacilaciones, multiplicaron la estigmatización de aquella cruel tribu horrorosa que provocaba pavor por doquier.

Resonaban, como el eco en la montaña, las anécdotas macabras: que los bárbaros paganos habían avanzado como el relámpago a través de Bavaria y Swabia por el lago Constanza, infligiendo todo tipo de daño en la abadía benedictina de San Galo —centro vital de la espiritualidad y el conocimiento, poseedora de una biblioteca extraordinaria— y alrededores, ultimando, en el proceso, a Wiborada, una noble alemana devenida en anacoreta que había elegido amurarse en el sótano diez años antes.

—En unos años seremos víctimas de una invasión magiar —había advertido la benedictina a los sacerdotes del lugar—. Escondan los libros y el vino, y escapen a las cuevas de las montañas.

Los religiosos la tomaron del brazo y le imploraron que los acompañara en la fuga. Sin embargo, Wiborada permaneció en el lugar, hincada, custodiando con su plegaria a los habitantes del pueblo. Y arribaron los magiares a San Galo e incendiaron el monasterio. Destrozaron el techo de la celda y vieron a la monja, allí, de rodillas, en medio de su oración.

—Mi Señor, protégenos del mal, derrama tu bondad celestial —oró en voz muy alta.

Los invasores le partieron el cráneo con un hacha y la abandonaron al rictus de la muerte. En el año 1047, el papa Clemente II la canonizó.

Los rumores fueron en aumento, los susurros del carácter magiar se esparcieron por el continente, además de la virulencia con que ejecutaban sus actos. “Etnia vigorosa, desenfrenada, viva, salvaje, intempestiva, de tradición alegre y bebida fuerte, cantantes lascivos con el corazón abierto, son los joviales húngaros”, decían.

Pero nadie ignoraba la estricta disciplina que envolvía a los guerreros. Las tropas magiares exhibían con orgullo el resultado de un entrenamiento riguroso y una formación militar de altísimo vuelo. Cuando el peligro arreciaba, todos montaban sus caballos a la velocidad del rayo y cumplían su cometido. Los magiares daban cuenta de su existencia gracias a una disciplina de hierro. La técnica secreta de la efectividad militar de los jinetes era el estribo. Con un pie firme en el pertrecho, podían girar sobre la montura en cualquier dirección y, a galope tendido, dominando su cuerpo y el del caballo, reproducir la imagen del fauno. El aullido que anunciaba la llegada de los salvajes combatientes de cabezas rapadas helaba las vísceras del enemigo.

Y en el transcurrir del tiempo, la personalidad húngara manifestó características que poco y nadie intentó refutar. En el siglo X, Regino, el

abad de Prüm, una voz del cielo en la Tierra, fue el primero en revelar lo que se escuchaba por ahí: que los húngaros gustaban de engullir carne humana, beber sangre de humano y despedazar al enemigo sin vacilaciones. Algunos afirmaban, invocando al más allá, que eran descendientes de los escitas,² mitad humanos, mitad simios, que eran las crías de brujas engendradas por demonios.

Lo cierto era que los líderes magiares estaban dispuestos a avanzar sobre nuevas regiones si estas tenían oro y plata para ofrecer. El brillo tanpreciado encandilaba a más de uno. Situados entre Roma y Bizancio, adoptaron la cultura occidental y agacharon la cabeza ante la religión católica. La estrategia del príncipe Géza³ fue excelsa. Aunque pagano a pesar de recibir las aguas bautismales en 973, nombró a su hijo con un nombre cristiano: István. Muerto el padre, el vástago fue tomado por el obispo Adalberto de Praga, quien lo llevó por el camino piadoso.

István I asumió el poder y se dedicó a convertir a sus vasallos al cristianismo y a liberarse, junto con su pueblo, del pasado bárbaro y pagano. Fue ungido rey el primer día de 1001, y siete años después ya había ganado el control absoluto de la zona de los Cárpatos. Convirtió a la región en un Estado eclesiástico y detentó el poder con mano férrea. Encontró el peor adversario en un familiar, que despreciaba su aura cristiana. Ni la sangre de su sangre logró conmoverlo. Cuando el pariente encontró la muerte, el monarca ordenó que lo descuartizaran y que las partes fueran enviadas a distintas ciudades, las más importantes.

² Pueblo nómada de origen iraní, famoso por su maestría en la guerra a caballo y en la arquería, que dominó las estepas euroasiáticas desde el siglo IX hasta el III a. C.

³ Príncipe real húngaro, de la casa de Árpád.

—Servirá de muestra para que entiendan lo poco conveniente que puede ser el paganismo —sentenció István I.

Pero a rey muerto, la sucesión fue turbulenta. Recién a fines del siglo XI, bajo el reinado de Ladislao I, Hungría volvió a florecer. No les bastó con la región de la Gran Moravia, la sed de conquista les dominó el cuerpo. Primero dieron cuenta de la montañosa Eslovaquia, habitada por una población eslava, luego le llegó el turno a Transilvania⁴ y, por último, tomaron Croacia.

A partir de entonces, la lucha enfurecida entre la sed de sangre y el manto sagrado de la palabra de Dios Nuestro Señor fue constante. La guerra religiosa dominó el continente y el avance otomano marcó el paso de la división del territorio.

* * *

En el Reino de Hungría el poder se sostenía con la ostentación de la Corona, pero, sobre todo, gracias a la amplia junta de caballeros que ceñían o soltaban la mano como mejor les conviniese. De la Edad Media en adelante, aquella región se convirtió en la entidad política cohesiva más importante de Europa y en uno de los reinados más poderosos de la civilización occidental.

Las tensiones y la acumulación de riqueza, el poder de conquista y la defensa de las fronteras estaban en manos de unas pocas familias dispuestas a defender su grandeza de la amenaza constante de los imperios Otomano y del Sacro Romano hasta las últimas consecuencias.

⁴ Hoy, parte de Rumania.

Aquellos eran los de afuera, pero adentro también se sucedían los inconvenientes: el tire y afloje entre el monarca y los poderosos barones no daba respiro.

Como en todos los reinos medievales, la sociedad estaba dividida en dos clases principales: la nobleza y sus vasallos. Pasados esos años, Europa empezó a modificar los estamentos de poder; sin embargo, en el Reino de Hungría, se mantuvo aquella oscuridad. Tal vez dominados por el silencio inquietante del bosque o por la bruma de sus madrugadas, las lunas llenas que regalaban su brillo de plata sobre las copas de los abetos, o por aquel frescor del aire nocturno que hacía castañetear los dientes, tal vez por el rodeo de una atmósfera amenazante, quién sabe. Pero lo que sí resultó claro fue la urgencia por sostener de raíz la distribución del poderío.

La nobleza estaba dividida en dos categorías: la superior y la inferior. En la primera se arremolinaban los magnates, que eran las familias que ostentaban treinta castillos o más. En la inferior, los que poseían menos de veinte, incluso podían defender una sola propiedad, aunque exhibieran, eso sí, el escudo de armas de imperioso rigor.

Los barones del reino eran los miembros de la nobleza que ocupaban los cargos más altos dentro del Gobierno y, casi siempre y dentro de la Casa Real, descendían de los clanes originales de las tribus húngaras establecidas a fines del siglo X en la cuenca de los Cárpatos; o de los caballeros extranjeros que llegaron al reino con sus hombres para proveerles apoyo militar a los reyes húngaros durante los siglos XI y XII. Los súbditos se dirigían a ellos, que ostentaban el título de *barones regni*, siempre anteponiendo el *magnificus*, no fuera que las tempestades regias cayeran sobre ellos.

Uno de los principales clanes de Hungría fue el de los Nádasdy. Dueños de leguas y más leguas de tierra, y de una cantidad de castillos que perdieron la cuenta, traían consigo un linaje de tierras boreales. En el año 1016, los vikingos conquistaron Inglaterra y su líder, Canuto el Grande, tomó por asalto el trono de Edmundo II. El vikingo, atemorizado porque los herederos del inglés muerto pudieran convertirse en una amenaza, iluminó sus pensamientos y entendió que no sería una buena idea arrojar él mismo a los infantes Edmundo y Eduardo por los acantilados. Fueron enviados, en cambio, en encomienda humana al rey Olaf de Suecia, solicitándole que acabara con la vida de los niños. Sin embargo, el rey Olaf, que había sido amigo del rey inglés asesinado, los envió a la corte del rey István I de Hungría, donde vivieron felices mientras les duró la era de la inocencia.

Un día, llegó a oídos de Canuto el Grande que los herederos del trono de Inglaterra estaban vivos. Encomendándose a Odín, envió a unos sicarios a Hungría para que acabaran con la amenaza. Sin embargo, las noticias soplaron con los vientos hasta István I, y este les recomendó a los jóvenes que emprendieran la fuga rumbo a Rus de Kiev,⁵ donde el gran príncipe Yaramov les dio asilo. Pero los jóvenes ingleses, al poco tiempo, hicieron saber que no era de su agrado la vida en aquella corte, bastante más austera que la del Reino de Hungría.

El rey húngaro, muertos sus hijos y sin heredero para ocupar el trono, eligió a su sobrino Andrej el Blanco para que lo sucediera.

⁵ Fue una federación de tribus eslavas orientales, desde fines del siglo IX hasta mediados del XIII. Los actuales pueblos de Bielorrusia, Ucrania y Rusia la reivindican como el origen de su legado cultural.

Cuando István I de Hungría expiró, los aires se envalentonaron y el elegido emprendió la fuga para salvar su pellejo, y corrió en busca de protección a las tierras de Rus de Kiev. Hizo buenas migas con los ingleses Edmundo y Eduardo, y juntos regresaron a Hungría. Andrej logró la corona y, en función de la alianza construida, les entregó a los príncipes ingleses las tierras, el castillo y el villorrio de Nádasd, en el condado de Vas.

Edmundo era el agraciado de los hermanos y le sacó provecho con las mujeres. Veloz, se entregó a una pasión desatada con una de las princesas húngaras de la corte del rey Andrej el Blanco. El asunto se transformó en un escándalo de proporciones porque habían pasado al cuerpo y la princesa quedó encinta. Fueron obligados a desposarse y recluirse en las propiedades de Nádasd. Al poco tiempo, Edmundo fue ultimado en batalla y su hijo heredó los terrenos y el nombre, convirtiéndose en el ancestro del clan Nádasdy.

Y es en la primera mitad del siglo XVI que unas pocas familias ascienden al rango superior de la nobleza, sobre todo después de la batalla de los Mohács. Tras la derrota del ejército húngaro al sur de Buda,⁶ comandado por el rey Luis II de Hungría, en manos del ejército otomano al mando del sultán Suleymán el Magnífico, las consecuencias para el reino fueron inquietantes. De nuevo la sucesión devino en tembladeral y acefalía, y esto aceleró la avanzada del esposo de la hermana del monarca muerto, Ana Jagellón de Hungría y Bohemia, que no era otro que Fernando I de Habsburgo, hermano de Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

⁶ Budapest en la actualidad.

Una desgracia, la tranquilidad nunca llegó. Juan de Zápolya, conde de Szepes y voivoda⁷ de Transilvania, se hizo coronar rey Juan I de Hungría y, en pocos meses, el reino arrasado por los turcos mantuvo a dos reyes en el trono.

Mohács trajo una importante baja poblacional, sobre todo de las familias medievales ilustres, estamento fundamental para liderar el reino. Los Nádasdy, originados en tiempos de la conquista húngara, recién cobraron relevancia cuando Tamás Nádasdy contrajo nupcias con la joven Orsolya Kanizsay, única heredera y miembro de una poderosa familia húngara.

Tamás Nádasdy de Nádasd había nacido en Egervár, en 1498. Como todo húngaro con posibilidades, había sido educado lejos de la estepa, en Graz, Bolonia, y en Roma. Los galardones culturales se adquirirían fuera del reino, se hallaban en Austria e Italia.

En 1521 Nádasdy ofició de intérprete del enviado papal Tomás Cayetano para predicar una cruzada contra los turcos. La turba otomana era la verdadera amenaza que asolaba Europa. Cuatro años después, Tamás fue miembro del Consejo de Estado y enviado por el rey Luis II a la Dieta de Speyer para pedir colaboración ante la inminente guerra contra los turcos. Durante las deliberaciones tuvo lugar la derrota de Mohács, y Nádasdy regresó a Hungría a tiempo para escoltar a la reina viuda. Fue el elegido para ofrecerle la corona húngara al archiduque Fernando de Habsburgo y, en la coronación, el 3 de noviembre de 1527, fue nombrado comandante de Buda.

⁷ Título eslavo de príncipe soberano usado en Europa Central y del Este.

Al año siguiente y con la ayuda del comandante de Tata, György Cseszneky, Tamás ocupó Győr en nombre de Fernando I. Pero cuando Soleyman el Magnífico tomó Buda, Nádasdy se pasó al bando contrario. Al tiempo, celoso de la influencia que había adquirido el veneciano Lodovico Gritti, hombre muy cercano a Juan I de Hungría, pero también ministro del sultán otomano, desertó a la facción fernandina.

El matrimonio con la rica heredera fue pura felicidad. Además de casarse por amor —insólito, pues las alianzas maritales eran por conveniencia—, la familia Kanizsay les legó una infinidad de propiedades por línea femenina, lo que les abrió camino a las más importantes posiciones políticas. Llegó a ser mayor-domo,⁸ guardián del Tesoro, ban⁹ de Croacia, señor presidente del Tribunal de Justicia y palatino.¹⁰

En vez de residir en el viejo castillo de Léka¹¹ y el fuerte de Kanizsay —parte de la dote tras su casamiento—, que resultaban incómodos y peligrosos como residencia familiar, Nádasdy estableció su corte en Sárvár, para él y su entorno. Como Orsolya no sabía ni leer ni escribir, Tamás se ocupó de instruirla y mandó a traer importantes hombres de las Letras para asistirle. La amada esposa aprendió rápido. Cada vez que Nádasdy viajaba, la correspondencia entre ambos era constante. Se amaron y demostraron la veneración que sentía uno por el otro cada vez que podían. También cuidaron de sus súbditos, algo raro en aquellos tiempos.

⁸ Administrador principal de una casa real.

⁹ Título de los gobernantes locales en representación del rey, similar a los virreyes.

¹⁰ Príncipe.

¹¹ O Lockenhaus, en alemán.

Las jóvenes damiselas que conformaban el séquito de la señora Orsolya estaban hospedadas en el palacio y se las instruía en diversas capacidades, como el baile, la conversación y el protocolo de la mesa, además de adquirir conocimientos prácticos que concernían a la supervisión del hogar y los cultivos, especialmente la jardinería. Ellas cuidaban de las flores y las plantas, para eso se las preparaba —y para desposarse bien—.

Tamás Nádasdy fue el primer protestante de la familia. Pertenecía al círculo del arzobispo de Esztergom, László Szalkai, además de mantener vínculos con varios humanistas como Ursinus Velinus, Georgius Logus y Jacobus Piso. Tamás estableció una escuela protestante en Sárvár, mientras que la iglesia y la parroquia fueron la casa del luteranismo.

Tras la Dieta de Worms, la asamblea de los príncipes del Sacro Imperio Romano Germánico llevada a cabo en Alemania en 1521, la separación tajante entre católicos y luteranos se hizo pública. Estos últimos afirmaban que la justificación dogmática solo era por la gracia, que se obtenía mediante la fe, basada únicamente en la Escritura. La Biblia era la autoridad suprema en las cuestiones relativas a la doctrina cristiana.

En la Corte de Sárvár, Tamás Nádasdy fundó la primera imprenta de Hungría, en 1537, e hizo imprimir el primer libro en húngaro. La biblioteca del castillo fue la más importante del reino. En 1541 financió la traducción y publicación del Nuevo Testamento.

* * *

Pero el clan de clanes, la familia de estirpe y misterio, de aullido y poderes, con estandartes y escudo, fue la Báthory. Gustaron siempre de cubrirse con un velo de niebla, del primero al último recorrieron los

mundos bajo la pulsión de su torrente, disfrutando de una provocación de zozobras constante en el otro. Eran la confirmación de lo inquietante.

Los orígenes de los Báthory se encontraban allá lejos, en los confines de los tiempos. En el siglo X, la familia noble por antonomasia afirmaba que descendía de la nobleza sueca, del clan Guthkeled. Los hermanos Guth y Keled, del castillo de Staufen, situado en el ducado de Swabia y en el límite con Alemania, defendían su legado con uñas y dientes. En aquellos lares, el estado de la civilización era ralo, la barbarie consentida era el modo de vida que todos asumían, y a nadie se le ocurría confrontar. Estaban en guerra, reconocían poco el estadio de paz. Hasta que Enrique III, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, al que apodaban *el Negro*, arrió a una junta de guerreros para que cabalgaran —armados hasta los colmillos e impulsados por el grito de guerra— rumbo a Hungría. Entre ellos, los hermanos Guth y Keled dejaron su estela.

El Reino de Hungría se había quedado acéfalo tras la muerte del gran rey de reyes, István I. Sin más, le había llegado el turno al sobrino de la esposa regia Gisela de Baviera, el veneciano Pedro Orseolo. La mesa chica estuvo de parabienes, pero algunos nobles húngaros pusieron el grito en el cielo y enviaron a ese que consideraron intruso al exilio. Hacia allí fueron encomendados los del castillo de Staufen, a socorrer al malhadado. Guth y Keled fueron de tal utilidad que se apercibieron como la escolta del rey Pedro para lograr su regreso a Hungría.

Los integrantes del clan Guthkeled alcanzaron preponderancia durante los reinados del rey Salomón, el rey Ladislao y el duque Géza. A partir de ahí comenzaron las dádivas de la casa real, y las arcas de los miembros se fueron colmando.

En los tiempos del rey Salomón, un consejero del clan Guthkeled llamado Wyda se destacó por su astucia. Llegó a ser ispán¹² del condado de Bács y, gallardo hasta el tuétano, ostentó el título de nádor,¹³ ganado a fuerza de elucubraciones. El rey húngaro se acomodó en el trono entre el año 1063 y 1074. Asistido por las tropas alemanas, al final entendió que la alianza debía afianzarse aún más y se desposó con la hermana del emperador alemán Enrique IV, la joven Judit. Se sintió a salvo, creyó que quien detentara ese origen tenía mucho territorio ganado. Pobre iluso, en 1074 fue víctima de conspiraciones familiares y derrotado por su primo Géza en la batalla de Mogyoród. En esa contienda expiró Wyda, el astuto. Y tal fue la inmensidad de su figura que, a partir de su muerte, se convirtió en leyenda. Los rumores se multiplicaron y dieron cuenta de que Wyda había luchado y asesinado a cierto dragón que rondaba por los pantanos de Ecsed. Con los años, el relato fue representado en el escudo de armas de la familia Báthory, que exhibe un dragón mordiéndose la cola formando un círculo, acompañado por tres dientes de lobo, correspondientes a las tres heridas de lanza que habían logrado derribar a la mole.

El linaje Guthkeled se dividió, más tarde, en varias familias, entre ellas, los Báthory. Pasaron los años y un tal Bereczk, mejor conocido como Briccius, salió beneficiado con el reparto de tierras y propiedades, en retribución por los servicios ofrecidos al rey Ladislao IV. Abram,¹⁴

¹² Título histórico húngaro, conde.

¹³ Era el segundo cargo más importante en el Reino de Hungría después del rey, actuando a menudo como regente.

¹⁴ Localidad rumana en la actualidad, en el condado de Bihor.

Bátor¹⁵ y Kis-Baka fueron la recompensa recibida. En cierto momento, Bereczk abandonó su gracia anterior y adoptó el nombre Báthory, que significa “de Bátor”.

Briccius tuvo descendencia, había que legitimar el flamante linaje. Llegaron al mundo Nicolás I, que también fue padre; Andrés II, que llegó a preboste en Buda y luego fue obispo de Nagyvárad desde 1329 hasta 1345; Juan y Leukos, confirmados ambos en las tierras de su padre, recibiendo el derecho de construir un castillo en Ecsed llamado Hüség,¹⁶ y Clara, que bien colocada vía nupcias decidió venderle la mitad de Ecsed a su hermano Juan por veinticinco marcos.

Juan I y Leukos se convirtieron en los fundadores de las dos principales ramas de la familia Báthory y las propiedades fueron divididas entre sus descendientes. Una de las líneas se extendió hacia el este de Hungría y Transilvania, la otra hacia el oeste, en la región del lago Balaton.

Pedro I, el hijo de Leukos, recibió la propiedad de Ecsed, deviniendo en cabeza de la rama de Ecsed. Juan I tuvo tres hijos: Stefan I, György II y Ladislao I, quien contrajo matrimonio con Anna, miembro del clan Pok. Como era de esperar, surgieron los problemas legales y luego tensiones y repartos. Como recibieron la propiedad de Somlyó, los descendientes adoptaron el apellido Somlyói, “de Somlyó”, fundando así la otra rama de los Báthory.

¹⁵ Pueblo ubicado en el distrito de Eger en la actualidad, en el condado de Heves, Hungría.

¹⁶ “Lealtad”.

La rama Somlyó aglutinó algunas figuras destacadas: Stefan V, quien fuera rey de Polonia y gran duque de Lituania, también el IV de los Stefan, “el de los pies grandes”, nombrado voivoda de Transilvania por Juan Zápolya en 1529. Tan leal le fue que se enfrentó al rey Fernando de Habsburgo y llegó a incendiar la ciudad de Torda en 1531. Hubo descendencia y no les faltó crueldad, lujuria y arrojo, aunque también locura y espesura en sangre.

La rama de Ecsed no se quedó atrás. A lo largo de los siglos hubo voivodas de Transilvania, aliados del poder de turno, gobernadores de provincia, comandantes militares, defensores a capa y espada del protestantismo, la religión díscola de aquellos años, y mujeres que supieron acompañar los designios divinos, cuando no malignos, de los maridos en cuestión.

Aunque también hubo de las otras, de las que vociferaron coraje por amor propio. Como la señora Chicolee Szentgyörgyi, hija del conde Pedro III de Szentgyörgyi y miembro de la nobleza húngara, desposada con István Rozgonyi, ispán de Pozsony¹⁷ y de los condados de Temes,¹⁸ con quien tuvo tres hijos. Aguerriada como pocas, la dama capitaneó una flota de embarcaciones a través del Danubio contra una de las tantas invasiones otomanas. Batalló, hundió e incendió muchos bergantines enemigos. Y como si esto hubiera sido poco, le salvó la vida a Segismundo, el emperador del Sacro Imperio Romano y rey de Hungría. Gracias

¹⁷ Condado administrativo del Reino de Hungría. En la actualidad, la mayor parte del territorio se encuentra en Eslovaquia y el resto en Hungría.

¹⁸ Condado administrativo del Reino de Hungría, en la actualidad ocupa el suroeste de Rumania y el noreste de Serbia.

a su valiente intervención, recibió tierras en recompensa. Una de las nietas de la señora, Katalina, se casó con András Báthory de Ecsed y se integró, de maravillas, al clan.

El mundo se detenía cuando aparecía en escena István V. Guerrero sin igual, nada ni nadie lo obligaba a retroceder. Juez real y voivoda de Transilvania, su figura cobró relevancia cuando el rey Matías Corvino de Hungría y Croacia —rey desde 1458 hasta 1490—, y más conocido como *el Justo*, lo colocó bajo su ala. Al tanto de la destreza filosa devenida en sangre a borbotones del Báthory de Ecsed, el rey de Hungría lo citó en el palacio para hacerle una oferta: lo destacaría al mando de un ejército de veinte mil hombres para ampliar las fuerzas a su aliado Vlad III Drácula, que quería reclamar el trono del principado de Valaquia, en el territorio de Rumania. Dicho y hecho, ambos se juraron alianza eterna: perseguirían al enemigo turco hasta la muerte.

Vlad murió en batalla; István, en cambio, continuó con su afán de exterminio del ejército otomano. Sin límite y dominado por una ferocidad inusitada, el Báthory de Ecsed se relamió de placer y asesinó a mansalva, haciendo caso omiso a una posible piedad. Fue acusado de haber ajusticiado con crueldad extrema a los sículi¹⁹ y no hubo nada que hacer, fue destituido del cargo de voivoda. El desposeído, sin poder, murió al poco tiempo.

Como si se hubieran encontrado envueltos a través del tiempo de una atmósfera viciada, de aquella bruma traída desde el norte, los Báthory se vieron impedidos de escindir su humanidad de la mismísi-

¹⁹ Subgrupo húngaro que ocupó las tierras del sureste de Hungría, en torno al siglo VIII. Mayoritariamente residieron en Transilvania.

ma Naturaleza. Fuerzas naturales, individualidades en carne viva con la sangre goteando desde sus corazones doloridos y palpitantes, y con las heridas siempre abiertas, así se definía aquella orilla del clan.

Erzsébet Báthory fue el resultado suntuoso de la combinación de las dos familias.